

¡Pobre mi madre! Llevó las más halagüeñas esperanzas a su espíritu mi desmedida afición a la lectura. No sabía entonces que el que no fué niño no será nunca hombre. No sabía entonces que, como los eunucos, pasaría de la infancia a la decrepitud, sin tener nunca la virilidad.

La aurora de mi vida fué la aurora triste de un día de lluvia. Ya por entonces me caracterizaba una enfermiza sensibilidad. Cuando al primero sucedió el segundo libro de Mantilla sollocé angustiadamente largas horas leyendo «El deber de perdonar». Pobre del niño que lloró en las escuelas primarias leyendo «El deber de perdonar.» No es viable en este mundo. La tierra será un medio demasiado duro para él.

Acaso esta mi pobre alma de infante ya por completo abierta a la ternura y al dolor, explica mi afición a los libros, unido a una imaginación vivísima. Y acaso también explica mi morbosa sensibilidad el hecho de que mi madre murió enferma del corazón. En vida fué una santa mujer, llena de caridad, viviendo la vida de todos, menos la propia; temerosa de todo, aislada, infinitamente triste. Mi padre no pudo contrarrestar la influencia de esta carne de dolor legada. Murió dos meses antes de nacer Adela, cuando yo apenas tenía un año no completo. Pero por mi madre supe que también era severo y triste. Alguien me ha dicho que aunque no eran consanguíneos, parecía un casamiento de hermanos, tal se parecían sus almas. Los dos poseían la misma sangre ascética, el mismo tomar en serio la vida, como un deber sagrado. Así se genera la tristeza; la infinita tristeza de ser hombre; la infinita tristeza de ser hombre consciente.

Pronto al placer de verme con exceso aplicado a lo que no puedo llamar estudio sino lectura, sucedió en mi madre la pena, al ver a qué extremo llegaba. Los días de claro en claro y las noches de turbio en turbio ya se sabe que generan Quijotes. Era una mujer de buen sentido y comprendió y procuró evitar el eminente peligro. Fué en vano. Toda mi naturaleza se había acostumbrado a aquella droga sedante de una continua lectura. Como un precoz vicioso, necesitaba para vivir en este mundo del opio de la fábula. La ficción me es desde entonces precisa como el alcohol al beodo. Desde entonces la lectura no interrumpida empezó a crear en mí una segunda, extrahumana naturaleza, falseada y deformada.

No pasó mucho tiempo sin que la Señorita llegase ante mi madre para decirle que en su escuela ya no tenía nada que aprender. A pesar de esta confesión, concluí el año bajo su férula. Al llegar las vacaciones, un hermo-

so día de Noviembre, fuí de una mano cariñosa a despedirme de la buena señora, que tenía lágrimas en los ojos al decirme adiós. Costó mucho hacerla recibir el pago de mi pensión escolar correspondiente a las vacaciones. Así me dió aquella mujer la última lección de una exajerada delicadeza en los negocios de la vida.

Las vacaciones me causaron una intensa sensación de placer. Una mañana en que, al despertar, con las primeras luces entró por la ventana el recuerdo de mi liberación de la escuela, me vestí en un momento, hice levantarse a Adelita y juntos fuimos al amplio patio familiar. Graves acontecimientos de mi vida entraron al olvido y aún tengo la clara visión de dos chiquillos que, con una larga caña, intentaban auxiliar la subida de un

globito de papel, empeñado en no ascender, en aquella primera, hermosa aurora de dos meses de holganza.

A pocos niños, a pesar de su natural desapego al trabajo, hicieron aquellas vacaciones igual ilusión que a mí. Adelita iba con placer a una escuela en que sólo veía agradables compañeros de juegos; yo tenía horror al lugar de un trabajo tomado en serio. Después odié así el Colegio y fueron un martirio para mí la oficina y todo obligado roce con los hombres y toda labor imprescindible.

Cuando las vacaciones terminaron supe que iba a entrar al Colegio de Infantes.

RAFAEL ARÉVALO MARTÍNEZ

(Concluirá).

Una carta de Arévalo Martínez

A PROPOSITO DE LA EDICION COSTARRICENSE

EL HOMBRE QUE PARECIA UN CABALLO

Guatemala, 3 de agosto de 1918.

Señor don J. García Monge
San José de Costa Rica.

Distinguido señor y muy querido y apreciado amigo:

ACEPTO agradecido su oferta de editar *El hombre que parecía un caballo*, pues es mi hijo predilecto y sólo hice 500 ejemplares de mala edición. Pero ojalá también editara su continuación *El trovador colombiano*, que completa el librito. No tengo más correcciones que hacer. Recibiría agradecido el número de ejemplares que Ud. le plazca mandarme.

Todavía leo con gusto su «Colección Ariel». Verla rediviva en «El Convivio» es un verdadero placer para los literatos centroamericanos.

En el terrible terremoto perdí los pocos ejemplares que me quedaban. Ojalá conserve el que le mandé. Cuando reciba los ejemplares de su edición, que con Ud. por patrocinador salvará del olvido mi obrita, tendré uno de los más grandes gustos de mi vida. Enfermo y abatido desde el terremoto no he podido levantar cabeza.

De Ud. amigo y servidor afmo.

R. ARÉVALO MARTÍNEZ

Comentando un gran pensamiento

«¿Cómo robustecer la unión espiritual ya existente en nuestra América? Extendiendo el mutuo conocimiento de nuestra historia, de nuestra literatura, del arte nuestro...»

Entiendo que, por ahora, sólo en los Estados Unidos se estudia la historia de Literatura hispano americana. (*)

J. GARCÍA MONGE.

GARCÍA Monge es un infatigable americanista costarricense.

Hace años que realiza una empeñosa labor de acercamiento intelectual, por el mutuo conocimiento de los hombres representativos de nuestras letras.

(*) Véase en el REPERTORIO N° 11 el artículo *Francia y Costa Rica*.

No hay un rincón del nuevo mundo al que no hayan llegado los ejemplares de su «Colección Ariel» y de su revista «El Convivio», órganos de la intelectualidad continental, que sirven de plataforma literaria a nuestros mejores escritores.

Hasta los autores paraguayos, siempre pretermitidos, han encontrado preferente y espontánea acogida en dichas publicaciones, que han dado así en América la primera nota de nuestra ignorada cultura.

Ultimamente García Monge ha encontrado numerosos imitadores. En España, en París, en Cuba, en Buenos Aires han aparecido empresas, como la de Blanco Fombona y Ventura Gar-